

José Ovejero
La comedia salvaje



Galaxia Gutenberg

JOSÉ OVEJERO

La comedia salvaje

Galaxia Gutenberg

Este libro se publicó originalmente en la editorial Alfaguara, en 2009

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© José Ovejero, 2009, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 123-2022
ISBN: 978-84-18807-69-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nada es verdad

—¡Es mentira! ¡Todo es mentira!

Señalaba con un dedo tembloroso hacia la pantalla improvisada sobre la fachada del colegio y buscaba en derredor a alguien que lo confirmara, pero lo único que encontró fueron ojos rabiosos, mandíbulas apretadas, sillas volcándose estrepitosamente como empujadas por un vendaval, gentes que ya se arremolinaban y agitaban, un soldado del que sólo recordaba un «detente» sobre el corazón y un diente pocho en la boca, que decía, por encima de la música y las palabras del general victorioso, «dejadme a este hijo de puta, que lo mato», puños, bocas, narices inmensas rojas por el frío, más remolacha que berza, y de repente una vaharada de sudor que lo envolvió como un gas letal, manos zarandeándolo, un par de patadas, «toma, comunista, así que mentira», la repentina sensación de que le estrujaban la oreja entre dos piedras, silbatos desacompasados mancillando un himno triunfal al que nadie hacía ya caso.

Cinco dedos feroces lo tomaron por el cogote como a un cachorro y lo levantaron casi del suelo —¿cómo se puede tener tanta fuerza en una mano?—, le hicieron trastabillar mientras lo arrastraban fuera del tumulto, del que se llevó un escupitajo, dos puñetazos en la misma costilla, incontables pisotones, tres o cuatro bocanadas de mal aliento. De fondo, la voz atiplada del general llamándolos a liberar España de la hidra roja, los vítores que aún resonaban cuando la cara del teniente apareció como una máscara en un sueño —de las máscaras en los sueños hablabamos después— y le dijo, sin rabia particular: ¿así que todo es mentira? Sacudió la cabeza, no parecía satisfecho con lo que le había deparado la vida, chasqueó la lengua, ya se giraba cuando

ordenó: que lo echen al calabozo, a ver si se lo comen las ratas y nos evitamos tener que fusilarlo.

Eso también había sido mentira: no había ratas. Tanteó allí donde alcanzaban sus manos, aguzó los oídos en la oscuridad de ese cuarto sin ventanas, más pozo infernal que calabozo, con la esperanza de escuchar sus patas rascando contra la tierra apisonada o esos grititos que dan como si fornicasen en sus guaridas, nada, concentrado, atento por si tenía que saltar de improviso por encima de ese manojo de miembros que a su alrededor tejían y destejían una Balsa de la Medusa de secano, y abalanzarse sobre el animal. Pero no había ratas, ni siquiera cucarachas que llevarse a la boca. Sólo piojos.

Mentira, todo mentira:

Los caballos son marrones, pintos, etcétera.

Las ocas tienen el cuerpo blanco y los ojos azules. El cielo, justo al revés.

La sangre, qué decir de la sangre, él ha visto sangre sobre los uniformes, sangre roja saliendo de la boca del cabo mayor, la sangre ocre manchando los miembros cortados de un caballo, dos afluentes de sangre ascendiendo por la planicie de un pecho, remontando milagrosamente el promontorio de la barbilla, bordeando la suave ladera de los labios y penetrando en las profundidades por las fosas nasales; sangre mezclada con bilis, sangre roja y marrón entreverándose sobre la tierra de verde y amarillo, como churretes de pintura en la paleta de un pintor.

Hay, las ha visto, casi siempre de lejos, mujeres rubias. Y mujeres de mejillas sonrosadas.

Los campos son verdes o amarillos o tostados, o rojo arcilla después de arados.

Cuando estallan las bombas salen chispas de tantos colores, llamaradas brillantes, relámpagos azules, una kermés que revienta por los aires. Luego, es verdad, llega el humo y lo cubre todo, y el polvo tapa los cadáveres, y las manos de los hombres que empuñan los fusiles son pardas, y los uniformes se asemejan.

Aun así no era verdad ese mundo hecho de ceniza que les habían enseñado en el cine. Miente quien afirme que la guerra es gris, que el cielo es gris, que las caras son grises, que los ojos son

grises, que los fusiles y los cañones y los aviones y las bombas y los correajes son negros.

Por eso había gritado que era mentira, que las cosas no son como las proyectaban sobre la fachada de la escuela, un engaño hecho de luz y de sombras: la vida, puede jurarlo, no es en blanco y negro. El mundo tiene unos colores insoportables. Pero no habían querido entenderle ni él había sabido explicarse.

Y lo habían lanzado a un pozo oscuro rodeado de hombres que respiraban y se quejaban y se rascaban y rebullían como reses apretujadas en un vagón de tren. Tan cerca unos de otros que no era posible distinguir un olor individual, si el latido que sentía era suyo o del vecino, y una vez descubrió una mano aferrada a una de sus nalgas, agarró aquellos dedos como un manojo de espárragos, quiso lanzar dedos, mano y brazo de vuelta a su dueño, pero el brazo salió disparado hacia lo alto, rebotó contra la nada jalándole del hombro y volvió a caerle muerto en el pecho: era su propio brazo que se le había dormido.

No comían desde hacía una eternidad –imposible precisar más en aquel agujero sin días ni noches– y tenía la sensación de que su estómago había comenzado a autofagocitarse. El tiempo: ¿transcurría o no transcurría? Más bien se remansaba como un charco sucio alrededor de aquellos hombres. Y sin embargo las barbas y las uñas crecían; los calambres pasaban de una pierna a otra, de un brazo a un culo, del pecho a la planta de los pies. Además, sufrían, o sea que sí transcurría el tiempo.

Le hubiese gustado ser capaz de dormir tan profundamente como muchos de los que le rodeaban, que preferían las pesadillas a la realidad, mientras que él a menudo velaba, escuchaba los ronquidos, los gemidos, las respiraciones trabajosas, de mineros en una galería bloqueada por un derrumbe, escuchaba también retazos de sus sueños, siempre angustiosos, y en los peores momentos entraba en ellos, tras oír tres o cuatro palabras, por ejemplo, «el suelo se está hundiendo», le dominaban el vértigo y la náusea, intentaba sujetarse manoteando en derredor sin encontrar un solo saliente que le librase de la caída, se precipitaba en el vacío, acompañaba los gemidos del dormido con los propios; o si escuchaba a uno lloriquear, «no, mamá, otra vez

no», se le hacía un nudo en la garganta, era incapaz de dominar las lágrimas, veía a su propia madre con la zapatilla en la mano, insensible a su llanto, con la mirada a la vez severa y ausente, la de quien tiene que realizar una tarea rutinaria y enojosa. Ese sería el colmo de los horrores: adentrarse para siempre en un laberinto que lo condujese de una pesadilla a otra, no poder escapar de un sueño sin coherencia ni certezas salvo huyendo a otra pesadilla, a otro mundo disparatado y amenazador, construido no con los propios miedos, sino con todos los de los demás.

Despertó, sin darse cuenta de que también él se había quedado dormido, cuando alguien le metió un dedo en un ojo, sin violencia, parte tan sólo de un movimiento de exploración en el que participaban otros nueve dedos, que le palpaban mejillas, barbilla, boca, frente, hasta que de repente se prendieron de sus orejas y quisieron arrancárselas.

–¡Tú eres un fascista! ¡Hay un fascista entre nosotros!

Por casualidad, alguien vomitó sonoramente justo en ese momento y hubo ruidos guturales con los que los vecinos expresaron su asco.

–Aquí todos los hombres somos iguales –filosofó una voz con entonación sacerdotal. Quien antes exploraba su fisonomía ahora estiraba, pellizcaba, buscaba orificios por los que herir.

–Os digo que hay un fascista entre nosotros. Un espía.

–De acuerdo. Ese será el primero al que nos comamos. Ahora cálmate, Nicolás.

–Hay que matarlo.

–Si lo matamos y no nos lo comemos –añadió una voz que parecía llegar del techo–, va a empezar a apestar enseguida. Lo que faltaba.

Con menos convicción, los dedos enemigos aún pinzaban y horadaban, hasta que de repente abandonaron el campo de batalla. Los cuerpos que le rodeaban se recolocaron con trabajosos movimientos, lo empujaron a un lado y a otro hasta que cada trozo de carne encontró acomodo y se hizo de nuevo algo parecido al silencio.

No había señales del mundo exterior. El universo se había desintegrado y la nada rodeaba los gruesos muros que meses

atrás defendieran del pecado a una comunidad de monjes y ahora encerraban y preservaban a veinte o treinta o cuarenta presidiarios de disolverse como el resto de la realidad. Sólo las quejas, los suspiros, los ronquidos, algún súbito movimiento del monstruo múltipodo recordaban a cada uno que había otros seres vivos aparte de la propia memoria.

—¿Queréis que os cuente una historia?

—No, yo no quiero que me cuentes una historia. ¿Por qué todo el mundo cuenta historias? ¿Para qué sirve contar historias?

—Para nada; esa es su gran virtud.

—Vaya —se escandalizó una voz justo al lado de su oreja izquierda—. Tenemos con nosotros a un representante de la literatura burguesa. Así que las historias no sirven para nada. Puede que para los escritores decadentes de hoy en día sea así, pero cualquier literatura que pretenda merecer ese nombre debe necesariamente servir para la emancipación de la clase obrera. Sólo una literatura que transforme la realidad justifica alejar por un momento nuestras manos del fusil para permitirles pasar las páginas de un libro.

—¿Realidad? ¿Tú ves alguna realidad? ¿Ve alguien algo? ¿Dónde coño está la realidad?

Era difícil saber quién hablaba; las voces llegaban de uno y otro lado, igualmente roncas, igualmente cansadas, igualmente amargas; la oscuridad era un ventrílocuo que se entretenía fingiendo diálogos entre sus marionetas.

—Otro burgués que identifica el mundo con su propia percepción. La realidad la constituye la conciencia colectiva, no la de un individuo. Diré más: ¡el mundo es la conciencia colectiva de la clase obrera!

—¿Te importaría dejar de gritarme en el oído? —se atrevió a pedir, porque cada grito de su vecino le rebotaba directamente contra el tímpano.

—Un fascista como tú debería estar muerto. O por lo menos callado.

Un codo al que por suerte faltó espacio para tomar impulso se le clavó en el estómago.

–Pero los burgueses también tienen conciencia del mundo y por tanto crean el mundo.

–Por eso es necesario bien exterminarlos, bien reeducarlos, porque su conciencia injusta crea un mundo injusto. Si me apuras, es peor una conciencia injusta que un acto injusto.

–Pero digo yo que uno podrá contar historias así porque sí, para entretenerse; en mi pueblo, por las noches...

–Entretenerse es una traición. ¿Cómo puedes entretenerte mientras se fusila a los obreros, mientras los niños trabajan de sol a sol? Lukács dice...

–Mi galgo también se llama Lucas. O se llamaba. Lo mismo está muerto. Igual que una setter que tuve, que se murió de pena. Tuve que dejarla encerrada un tiempo, por un trabajo que me salió en la capital, y cuando regresé el animalito no había tocado la comida. Pues el galgo a lo mejor ha hecho lo mismo. Conmigo los animales se encariñan.

–Callaros.

–Llega alguien.

–Silencio.

–Cuando se acabe esta guerra...

–Las guerras no acaban nunca.

Se oyó el abrir y cerrar de varias puertas. Pasos. Voces lejanas como llegadas del mundo de los muertos, que acudían convocados por un médium, materializándose muy poco a poco, aún más ilusión que presencia. Una luz tenue puso rostro a los encerrados, aunque las facciones se parecían tanto que apenas podía pensarse en individuos detrás de ellas. En la penumbra, parecían más bien reproducciones en goma de un modelo esquelético y barbudo, de ojos hundidos y alertas, manos huesudas, labios temblorosos.

La puerta se abrió. Un hombre, ése sí un individuo, con una nariz propia –regordeta y tan corta que se detenía a tres dedos de la boca, una nariz inacabada por falta de materia prima–. Otros rasgos: un anillo con piedra oscura alrededor del anular; ausencia de cejas y al parecer de cualquier otro cabello que no fueran dos pequeños mechones que le salían de las orejas; zapatos con tal lustre que deslumbraban los ojos de esos hombres sólo habi-

tuados al negro mate; traje y corbata, como si estuviera en una oficina o en un café de la capital y no en medio de la guerra en el País Vasco. Los miró. Lo miraron. Asintió con la cabeza y alguno repitió ese movimiento como si fuera parte de una lengua extranjera que debían descifrar para poder entenderse.

—Van a trasladarles —anunció—. ¿Quién es el oficial de mayor rango?

—Creo que yo —dijo uno volviéndose hacia todos lados para asegurarse de que así era. Su uniforme estaba tan cubierto de barro que no habría sido posible contar galones ni estrellas. Nadie le desmintió.

—A usted le tocará organizar a sus hombres para que todo salga a la perfección.

—No hemos comido.

—Lo sé.

—Ni cenado. Ayer tampoco.

—Estamos en guerra.

—Pero mis hombres no van a poder ni moverse.

—En unos minutos recibirán el rancho. Le aseguro que en las cárceles comunistas no se vive mejor. Estén preparados.

La puerta se cerró. Los envolvieron de nuevo una tiniebla bíblica y un silencio de ataúd. Aguardaron sin moverse esperando que el hombre reapareciera. Se cansaron de aguardar.

—¿Qué quiere decir con eso de que estemos preparados?

—Los nuestros avanzan.

—¿Que nos demos un baño? ¿Que nos pongamos firmes? ¿Que hagamos la maleta?

—Si nos trasladan es porque tienen que huir.

—Tus días están contados, fascista.

Le parecía imposible tal rencor con tanta oscuridad. Habría comprendido que lo odiasen a la luz del día, porque a la luz del día se le ven a uno la cara, la historia, hasta las ideas. Pero ¿cómo podían odiarlo, sumergidos como estaban en el mismo líquido, respirando esa negrura tan cargada que un nuevo olor no añadiría la más mínima sensación? Allí eran iguales, todos la misma persona, con el mismo destino, tan sólo separados por sus memorias diferentes: un monstruo que en lugar de te-

ner cien ojos o cien brazos alberga cien memorias en la cavidad craneal.

Las siguientes horas continuaron aguardando. Le pareció distinguir un sonido sordo y rítmico, lejano, alguien que, a un kilómetro bajo tierra, arrancara minerales con un pico.

—¿Lo oís? —era la voz del hombre con más alto rango, a quien ya había aprendido a reconocer—. Se acercan. Escuchad.

Escucharon. Minutos u horas. La cabeza ligeramente inclinada, la barbilla adelantada. Sólo ese lejano golpeteo, tan lejano que no se podía estar seguro de su existencia; había tenido que dejar de respirar para que el leve siseo del aire saliendo de los pulmones no lo tapara.

Pum, pum, pum, recitaba mentalmente, preguntándose si eran cañones o el paso rítmico de una compañía desfilando. Pero era demasiado regular para ser producido por la artillería, y demasiado lento para paso de marcha.

—Están cavando trincheras.

—Entonces...

—No nos trasladan. No les ha dado tiempo a huir.

—¡Nos van a dejar encerrados, nos vamos a pudrir aquí dentro!

—¡A mí ya me están comiendo los gusanos! ¡Tengo las piernas roídas hasta las ingles!

Del fondo de la celda salió un grito de espanto, luego voces de cabreo salteadas con otras de dolor, el ajetreo inconfundible de una pelea, insultos. La masa humana se movió y recolocó, empujaban de un lado y resistían de otro, siguieron un intercambio de puñetazos en la oscuridad, dos o tres alaridos, maldiciones y blasfemias, algunas de ellas en catalán. Amainaron por fin los movimientos que hacían oscilar a los presos como náufragos sacudidos por una marejada, decreció el vaivén, callaron los blasfemos y los quejicas. Salvo por un llanto quedo, se hizo nuevamente el silencio.

Y de pronto, mientras tendía otra vez la oreja para escuchar el suave retumbar, algo estalló dentro de él. Una onda expansiva que salía de su vientre, escapaba por las fosas nasales, la boca, los oídos, el ano, mientras los órganos se aplastaban contra las paredes del torso y la sangre manaba de sus orejas.

Fiat lux!

Así debió de ser cuando Dios pronunció la orden, y la tiniebla que envolvía el mundo se rasgó en destellos intensísimos; un fogonazo había estallado sobre sus cabezas deslumbrándolo de tal manera que durante unos segundos sólo vio ante sí un resplandor rosa, un trallazo insoportable de luz que se fue deshaciendo hasta permitirle percibir el desplome de su prisión. Un cuerpo cayó sobre él y tembló epiléptico golpeándole en la cara con sus movimientos sincopados. Sentía un dolor indescriptible, ilocalizable, total. Un dolor como había imaginado que sería la ausencia de Dios de la que hablaban en el internado de los maristas en el que había estudiado: «Eso es el infierno. La ausencia de Dios, una ausencia tan dolorosa que nos abrasa vivos. Ahora Dios está ahí, aunque no te des cuenta, y por eso no sientes que tu sangre hierve y tu carne se desgarrar. Existir, sin Dios, es mil veces peor que morir: el cuerpo entero se siente como una llaga restregada con sal. Las llamas de las pinturas eran sólo una forma de expresar lo inexpresable. El dolor que nos hace perder la conciencia, la memoria, el deseo. Un dolor que ocupará cada pensamiento tuyo el resto de la eternidad».

La luz, el fuego y el dolor. Salvo el polvo que se levantaba lentamente, y un hombre asomado hacia fuera a ese boquete recién abierto como por un meteorito, nada se movía. Entre los cascotes, ya posados en un precario equilibrio, había brotado una cosecha de manos y pies blanquecinos; un bulto de sangre y tierra coronaba un montón de piedras y no se sabía hacia dónde quedaba la nuca y hacia dónde el rostro; ni siquiera se sabía si el cuerpo le crecía debajo como la raíz de un árbol o una brutal carambola había lanzado allí aquella fruta podrida. Pero tras transcurrir unos segundos le fue posible descubrir que aún había seres que respiraban bajo los escombros: la tierra se deslizaba en una u otra dirección, un ladrillo o un cascote se tambaleaba, una extremidad tanteaba el aire como si un animal prehistórico despertase tras un milenio de su hibernación, y lenta, muy lentamente, se sacudiera la costra de tierra, piedra y siglos antes de salir de nuevo a la luz.

No se había quedado sordo del todo: oía perfectamente el batir de su propio corazón y chirridos internos de huesos y ternillas recolocándose. Se incorporó a pesar de que sentía que se le desprendían las piernas y el abdomen se le partía en dos. Gateó hasta la luz. Se agarró al uniforme de ese otro ser vivo que miraba hacia fuera, trepó poco a poco hasta también asomar la cabeza a las calles destruidas. Los obuses iban cayendo sobre lo que eran ya edificaciones desiertas provocándole un mudo retumbar dentro del pecho. Al parecer, los defensores del convento habían salido corriendo, sorprendidos al inicio de las tareas de fortificación. Todo era ruinas y humo, nubes de tierra ensuciaban el cielo, dos rezagados zigzaguearon entre los escombros antes de ser abatidos a balazos. Serán ceniza, pensó, pero no pudo recordar cómo continuaba el verso.

El otro sobreviviente se volvió hacia él, pareció pronunciar algunas palabras, aguardó una respuesta; él intentó leer el movimiento de los labios, se dio unos golpes en la sien con el moflete de la mano como para sacarse agua de los oídos después de un chapuzón. El desconocido repitió, probablemente, lo mismo, sin obtener contestación alguna: entonces sacudió la cabeza con gesto de fastidio, buscó alrededor, revolvió entre cascotes y cuando encontró un fragmento de sillar del tamaño adecuado lo estampó una, dos, tres veces en la frente de su interlocutor, hasta quedar satisfecho.

No, no estaba sordo del todo: los tres sonidos resonaron como golpes de aldaba en la bóveda del cráneo. Él oyó las tres llamadas, la cabeza se le venció hacia delante, aún masticó unos granos de tierra y sintió la cara bañada y al mismo tiempo pegajosa. Se le cerraron los ojos.

Los ojos: ¿estaban abiertos o cerrados? Él habría jurado que los tenía abiertos; sin embargo, no veía nada. Oscuro como el pozo del que había salido, o quizá es que no había salido nunca de él. Pero olía distinto: el aire no había sido expelido ya cientos de veces por los distintos orificios de otros hombres. Hizo un intento de llevarse la mano a los párpados, pero tuvo que rendir-

se a la evidencia de que no sabía si aún tenía manos; su cerebro quería dar la orden, y sin embargo se quedó atorado; en algún lugar de la conexión había un cortocircuito. No es que no sintiera: no habría podido indicar dónde, pero le escocía el cuerpo. Un escozor difuso e intenso a la vez, tanto que por eso quizá no sabía localizarlo. Todo lo que percibía de su propio cuerpo era el escozor: alguien que se está quemando debe de sentir lo mismo. Por suerte, volvió a perder el conocimiento. Así una y otra vez. Hasta que se descubrió arrancándose la venda que cubría sus párpados.

—Por fin —exclamó una cara inflada como un globo que bizqueaba a un palmo de la suya. Y desapareció.

Le costaba incorporarse; consiguió al menos levantar la cabeza, girarla treinta grados hacia la izquierda, quizá cuarenta hacia la derecha y descubrir que estaba solo en un cuarto de paredes revocadas de cemento, de unos tres metros de ancho; el largo no pudo calcularlo porque no sabía en qué lugar de la habitación se encontraba la cama; podía ver que no tenía una pared justo detrás, pero ¿a cuánto, entonces? ¿A dos metros, a cinco, a cien? Se fijó en las sombras de la cama y de una silla volcada que había a los pies, un poco a la izquierda, y calculó que tenía una ventana a las espaldas, a dos o tres metros de la coronilla. También de esa dirección le llegó el chasquido de una puerta al abrirse y ruido de pasos, de al menos dos personas. Una de ellas rodeó la cama. Le sonaba su cara, pero no recordaba de dónde.

—¿Te podrás tener en pie? Solo, sin que te sujeten, quiero decir.

Oía perfectamente. Eso ya le llenó de alegría. Había oído la pregunta, aunque no la entendiera del todo.

—No sé.

—El coronel ha dicho que no se debe fusilar a un hombre que duerme. Pero no conseguíamos despertarte. ¿Has tenido sueños agradables, al menos?

—Fue usted el que me golpeó con la piedra.

—¿Quieres confesarte? Hay un cura en la sala de al lado. Puede absolver tus pecados antes de que lo fusilemos también a él. No todos tienen esa suerte. Muchos de tus camaradas se han ido al infierno.

–Me cuesta mover los brazos, y la cabeza.

–Estábamos hablando de los pies. ¿Puedes caminar o no? Para fusilarte da igual si puedes mover los brazos. Lo que importa sobre todo es que puedas tenerte en pie, porque fusilar a alguien acostado va contra las ordenanzas y el coronel es muy puntilloso. Aunque siempre podríamos crucificarte y así se resuelve el problema.

–Fue usted el que me golpeó con la piedra.

–Ya lo has dicho. Sí, fui yo. Pero no te mueres ni a la de tres. Con lo escasos que andamos de munición. ¿Qué piensas? –dijo volviéndose hacia la otra persona que el herido no podía ver–. ¿Le ponemos en el turno de tarde?

La puerta a sus espaldas volvió a abrirse.

–Da usted su permiso, mi capitán.

El capitán saludó desganado.

–¿Qué pasa?

–Regresan, mi capitán. Se han reagrupado y vienen hacia aquí. No serán ni cincuenta. Y sólo llevan armamento ligero.

–¿Y para qué vuelven a este sitio de mierda? Si aquí no hay nada, salvo un convento que se cae de viejo. Se han llevado hasta los muebles. Y han vaciado las cocinas. Ni un trozo de tocino. ¿Sabes lo que he dado de comer a mis hombres? Las hostias. Tres hostias a cada uno. Eso es todo. Tú, fascista, ¿crees que iré al infierno por profanar las hostias?

–No estaban consagradas.

–¿Y tú qué sabes? ¿Cómo se nota si estaban o no consagradas? ¿Cambia el sabor porque el cura les ha echado un hocus pocus? ¿Alimentan más?

–Yo era el monaguillo. Y sé que no quedaban hostias consagradas.

–Hasta el vino para la misa se han llevado estos hijos de puta. Así que el monaguillo. ¿Tú a qué esperas?

–Sus órdenes, mi capitán.

–¿Y por qué no preguntas al coronel? ¿O al comandante?

–Se han marchado, mi capitán.

–¿Qué te parece, sargento? El coronel y el comandante se han largado. Nos dejan solos en este agujero. Bueno, tú: ¿crees que

estarás en condiciones de ser juzgado y fusilado esta tarde? Yo te veo mejor cara.

–Ah, mi capitán.

–¿Qué más?

–El cura que teníamos aquí al lado. Se ha ahorcado; se ha colgado del rosario.

–No jodas. ¿Y no se ha roto?

–No, mi capitán, si quiere venir a verlo...

–Pues le harán santo, porque esto sí que es un milagro. Vaya, al final vas a morir sin confesar. Mala suerte. Pero te revelaré un secreto: después no hay nada. Olvídate del infierno y de la gloria. Una cosa por la otra. Sargento, vámonos.

Y se marcharon, el sargento al que no había llegado a ver y el capitán, probablemente a organizar la defensa, y él se quedó en la cama diciéndose que podría ser peor, y que iba a ser peor, porque no se le ocurría una salida razonable a su situación: si los rojos repelían el ataque, lo fusilarían. Y si los nacionales recuperaban el control del convento, también su propio capitán había prometido fusilarle por traidor. De encontrarse algo más fuerte, podría aprovechar el desbarajuste del combate para huir. Hizo un intento de ponerse en pie con el que sólo consiguió sudar copiosamente. Se hundió en el colchón –bastante mullido para ser un colchón de convento– y pasó los siguientes minutos canturreando el *Miserere* de Pergolesi; al inicio en voz muy baja, casi inaudible, para sí mismo, *MISERERE MEI, DEUS, SECUNDUM MAGNAM MISERICORDIAM TUAM*. Poco a poco fue entusiasmándose, la música que oía acompañando su voz le abría el corazón, lo volvía ligero, más bien: incorpóreo; y también las paredes del cuarto comenzaban a transparentarse, como si estuviesen hechas de agua; se imaginó en una catedral atravesada por los rayos de luz multicolor que filtraban las vidrieras, contra cuya bóveda reverberaba su propio canto, y unos segundos más tarde se encontraba cantando en un coro celestial, *ECCE ENIM VERCATATEM DILEXISTI*, dispuesto en nueve escalones ocupados por ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines, y ni el ruido de las ametralladoras, ni siquiera el estruendo de las granadas, era capaz

de acallar las divinas voces, tampoco la suya, poderoso tenor que alejaba la guerra a un casi insignificante ruido de fondo, una interferencia despreciable, como las toses contenidas de una beata en la última fila durante la misa, y no había nada en el mundo, ni siquiera los gritos cercanos de heridos o temerosos o rabiosos, que pudiera empañar la magnificencia de la música, ¡*TUNC ACCEPTABIS SACRIFICIUM IUSTITIAE!*

Ángel, arcángel, principado, potestad..., ¿qué era? ¿A qué peldaño del escalafón angélico pertenecían los rasgos que flotaban frente a él, a la vez lejanos y cercanos? Le brillaba la frente como si estuviese pintada al óleo sobre madera, un ángel de retablo.

En cuanto se despejaron las brumas del sueño, el olor le convenció de lo carnal de la figura que se asomaba a su rostro: olía a perfume de violetas mezclado con sudor y efluvios de hospital –mientras que los ángeles son inodoros y los retablos huelen a barniz–. La aparición frunció el ceño, se volvió para llamar a alguien, desapareció.

¿Por qué estoy vivo?, se preguntó en cuanto se quedó solo. Recordó la ofensiva de los suyos, si es que aún podía llamarlos así, porque él ya no era de nadie y con nadie podía pronunciar la palabra nosotros, y recordó la agradable sensación de cantar a voz en grito el *Miserere* mientras en derredor arreciaban los disparos y las explosiones. Y también creía recordar el ruido de aviones sobrevolando su música.

La enfermera reapareció en su campo de visión. Misteriosamente, sonreía.

–Desde luego, quién pudiera dormir como usted. No sé cómo lo hace.

–¿Llevo mucho tiempo dormido?

–Cinco días y cinco noches. Pero ha delirado una barbaridad.

Se incorporó para ver mejor a la mujer; no le costó demasiado trabajo. Consiguió sentarse sin que le doliese más que una costilla. Se apoyó contra la pared. Estaba en un cuarto de hospital, rodeado de otras camillas ocupadas por hombres silencio-

sos; quizá dormían como él antes. La mujer, ni ángel, ni arcángel y mucho menos querubín, tenía una cabeza rubia, sí, y bien formada, que reposaba sobre un cuerpo de una anchura sorprendente, un cuerpo que parecía reflejado sobre un espejo convexo, de pechos poderosos y caderas de percherón. Pero le sonreía, y él le devolvió la sonrisa.

—¿Y de qué he hablado?

La mujer sacó una libreta de un bolsillo de su delantal blanco.

—De la necesidad de reforzar los sindicatos cristianos y del problema de los universales en la filosofía tomista.

—¿De verdad?

—Y del sentimiento aristocrático en Ortega y Gasset.

—No se ría de un enfermo.

—Y de algunas cosas que no hemos entendido sobre el nominalismo y la cuchilla de Ockham.

Pudiera ser; pudiera ser que al desaparecer el miedo y el dolor justamente resurgiesen los temas que le habían interesado antes de la guerra. Él no habría valido para cura; nunca se interesó por el aprendizaje de los ritos y dogmas; entre los maristas se había sentido a gusto porque tenía la posibilidad de discutir con sus profesores sobre teología y teodicea, sobre la filosofía cristiana y sus enemigos—incluso le permitían leer las obras de Feuerbach y de Unamuno—. Su confesor se lo había advertido: «Nunca llegarás a los altares; y ni siquiera estoy seguro de que llegues al cielo. Hijo mío, tu pecado es la soberbia. Querer saber más que los Santos Padres. Lee a san Agustín; él te enseñará que la fe es más importante que la razón. ¿Por qué amas a tus padres? ¿Porque la razón te incita a ello? ¿No será más bien porque crees que son tus padres y la fe te lleva al amor?».

No se atrevió a responderle que su mayor pecado no era la soberbia, sino uno más inconfesable: nunca había amado a sus padres. Pero de eso hablaremos en otro momento, porque ahora entra en la sala un personaje que, nada más aparecer, transforma la atmósfera del hospital: provoca un júbilo inexplicable en el purgatorio de los dolientes, ese hombre ante el que hasta las enfermeras se cuadran y sin embargo sonríen; él se va acercando a los camastros, bendice a los enfermos con palabras amistosas y

algunos, moribundos unos instantes atrás, se levantan como Lázaro de la tumba.

Tal es la expresión de beatitud de varios heridos que no habría resultado extraño que se postrasen de rodillas. Y quizá sea que al abrir la puerta se han diluido algunos efluvios de enfermedad y antisépticos, pero al acercarse a la cama del fascista lo precede una ráfaga de aire fresco. Nada en su aspecto físico podría suscitar el entusiasmo de quienes le rodean: no parece un salvador ni un caudillo, mucho menos un mesías. Ni siquiera parece feliz u optimista: de su rostro escapa la tristeza serena, la resignación de quien no espera nada del mundo, tampoco del más allá, y sin embargo se siente obligado a actuar. Qué carga tan pesada la del escéptico a quien su conciencia obliga a ser bueno.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, don Manuel. Ya estoy bien.

—Me alegro. Me alegro.

—Pero no sé dónde estoy.

La sonrisa de don Manuel es benévola, la de quienes le acompañan forzada. Todos asienten comprensivos.

—En un hospital, cerca de Irún. En la zona leal.

—Anda. Entonces voy a ver el mar, por fin.

—Ya veremos, ya veremos.

Y ahora lo lógico sería que se marchase a consolar a otro enfermo, pero se queda allí parado, asintiendo, con una extraña decisión en el rostro que encaja muy mal con sus cejas caídas y sus mofletes flácidos.

—Yo..., en realidad, no he hecho mal a nadie...

Tiene que ocurrírsele algún tipo de argumento; se estruja el cerebro pensando qué decir, porque una oportunidad así no se presentará jamás, y ese hombre puede librarle del pelotón de fusilamiento, una palabra suya bastaría para salvarlo, pero ¿qué decirle?

—Que lo conduzcan al despacho —dice el presidente sin volverse, asiente una vez más y da la impresión de estar intentando evaluar al enfermo, como alguien que en la tienda contempla un producto que desearía pero de cuya calidad duda.

Desaparece, don Manuel Azaña desaparece, dejando tras de sí unas palabras de esperanza: que lo conduzcan al despacho. Cuando podría haber dicho: que fusilen a este desgraciado.

–Le hemos elegido porque es usted un hombre insignificante. Entiéndame bien: todos somos insignificantes. Pero usted, si me lo permite, es más insignificante aún; y además no tiene patria. Yo también quisiera a veces no tener patria, pero la tengo; incluso pienso que los hombres viviríamos mejor sin patria alguna; yo creo que si un día olvidara el nombre de la mía me sentiría mejor; sería como recuperar la cordura, porque la obsesión por la patria no es distinta de la manía persecutoria o de la fobia a los espacios cerrados; en fin, no es momento para esas reflexiones. Es usted vasco sin serlo del todo, porque es de Álava y no habla vascuence, aunque es verdad que lo mismo les sucede a muchos vascos, no el ser de Álava, sino lo de no hablar vascuence; las únicas palabras en vascuence que conocen son sus apellidos. Usted ni eso porque tiene un apellido andaluz y otro gallego. No es usted ni militar ni civil, es un seminarista...

–Disculpe, pero los seminaristas estudian para sacerdotes y yo...

–Ya lo sé, no me interrumpa –casi gritó don Manuel, pero hizo un esfuerzo por contener su irritación–. Seminarista, hermano marista... ¿Qué más da?, usted se prepara para ser religioso, un religioso dedicado a la enseñanza, ni cura ni monje, pero algo parecido, es usted un cadete del catolicismo, los curas predicán a las beatas y usted a los estudiantes, son igualmente parte de un ejército, con su propio uniforme, sus leyes, sus ritos; son civiles pero no se someten al Estado, y para colmo se creen los salvadores de la nación, otra cosa que los une a los militares. Además, es usted un enemigo de la República, y ahora lo es también de los facciosos.

Don Manuel le había lanzado esa andanada de frases desde detrás de un escritorio, mirando al techo de lo que quizá fue la biblioteca de una mansión privada, con paredes recubiertas de oscuras estanterías de roble, ahora desprovistas de libros, va-

cías como la mente del pobre prisionero, que intentaba comprender sin lograrlo qué querían de él y, sobre todo, cómo podía salvar el pellejo. La ventana abierta, a las espaldas del convaleciente, dejaba entrar una luz algo fría que era absorbida casi de inmediato por la madera teñida y las alfombras pardas. Sólo sobrevivía la luz sobre los cristales de las gafas de don Manuel, que le lanzaban destellos, misteriosos mensajes en morse, desconcentrándole aún más.

—Yo no...

—Ya sé que hay un malentendido: usted no es enemigo de nadie. Usted quisiera encerrarse en una biblioteca y pasar sus días leyendo a Balmes o a Kraus. Me he informado. Usted no desea mal alguno a los milicianos ni a los falangistas; probablemente piensa que son un poco brutos, eso es todo. No obstante, le han arrastrado a esta guerra: y sufre. Y está confuso. Porque es verdad que se encuentra más cerca de sus amigos católicos que de ateos como yo. Pero usted nunca mataría a un ateo. Ni siquiera le metería en la cárcel. Y sin embargo ha matado.

—Que es que yo no...

—No se disculpe. Es una guerra. Y le han arrastrado a ella. Usted estaba tan tranquilo en su casa de formación, se llaman así, ¿verdad?, donde hacen los estudios, ¿lo ve?, hasta sus propias escuelas tienen, son un ejército aparte que recibe una instrucción distinta a los demás, aunque yo habría querido poner fin a eso, en fin, ya no será posible. Decía que estaba usted en su casa de formación de Álava, usted era un joven deseoso de transmitir la fe y la religión, y un día llegan unos soldados y le dicen: ¿está usted con Dios o con el demonio? Y usted dice que con Dios, claro, ¿qué va a decir?, y le ponen un fusil en las manos y lo envían a luchar. Si su sargento ordena: disparen, usted dispara; y aunque apunte usted un poco por encima de las cabezas de sus enemigos, porque no puede imaginarse apretando el gatillo que ponga en marcha el mecanismo que empuje la bala que penetra en la frente de un hombre y acaba con su futuro, y en cierto sentido también con su pasado... ¿por dónde iba?

—Por lo de que he matado.

–Eso es, aunque quizá no lo haya hecho directamente (eso usted lo sabrá) ha cubierto con su fuego a quienes sí han matado a los nuestros. Así que es usted un enemigo para nosotros, y sé que ha estado a punto de ser fusilado por ello. Pero también sé que iba a ser fusilado por los otros por injurias al mamarracho y palabras sediciosas y disolventes, porque es usted un hombre con ideas propias...

–No es eso, es que no era verdad...

–Nada es verdad. Pero tenemos que vivir como si lo fuese, porque de lo contrario nunca nos levantaríamos de la cama. Yo mismo tengo que fingir que estoy pleno de certezas. Escuche mis discursos: no hay más preguntas que las retóricas. La gente no quiere que le preguntes nada, sino que le des respuestas. Y casi nunca las tienes. Es la maldición de los políticos; tenemos que mentir continuamente, no por inclinación, sino porque así se exige de nosotros. Lo mismo se pide a los curas, es cierto, pero ellos juegan con ventaja: no tienen que demostrar nada. La prueba se encuentra en el más allá. Mi caso es distinto; yo no puedo decir a los ciudadanos que cuando se mueran encontrarán un empleo digno o una vivienda sin ratas. Tengo que darles las certezas para mañana, pero el tiempo siempre las desmiente. Porque nada es verdad...

Don Manuel sacudió la cabeza, una pregunta podría estar formándose en su cerebro y aparecer escrita sobre su amplia frente, esa superficie brillante que parece diseñada para esculpir en ella frases históricas. Pero se pasó la mano por delante de los ojos como quien borra una pizarra, y prosiguió.

–Nada es verdad, pero la gente muere. Todos tenemos una responsabilidad, la obligación de evitarlo a toda costa. Y sin certezas tampoco es posible librar una guerra. Eso es precisamente lo que espero de ti, permíteme que te tutee en estas circunstancias. ¿Me entiendes?

–No, don Manuel.

–España se muere, hijo mío. O, para ser más exactos, son los españoles los que se están matando unos a otros. Ya sabes que España, cuando decide entrar en la Historia, donde entra es en la Zoología. Y esto es sólo el principio; llevamos unas pocas se-

manas de guerra, los dos bandos están haciendo acopio de armas, que nos venden en condiciones de usura nuestros supuestos países amigos; nos estrechan una mano y con la otra nos agarran el pescuezo. Estamos trayendo bombas, aviones, morteros, piezas de artillería, granadas, fusiles, ametralladoras, minas, pistolas, para poder matarnos más y mejor de lo que hemos hecho hasta ahora. Y al final no vencerá nadie, eso es lo tremendo. Uno se hará con el poder, pero no habrá vencido. ¿Me entiendes?

—No, don Manuel.

—Lo que te estoy diciendo es que tenemos la obligación de encontrar un remedio. Esta guerra puede durar aún cinco años. Ahora los fascistas se han hecho con parte de Extremadura, pero nosotros avanzamos en el Ebro y las Baleares. Mañana quizá conquisten Málaga, y nosotros a lo mejor entramos en Sevilla. Vamos a seguir matándonos durante años, y al final el vencedor se encontrará con un país destruido, con un cadáver de barro, con un océano de sangre. ¿Y después? ¿Qué va a hacer el vencedor para evitar que vuelva a empezar la guerra cuando se hayan recuperado los vencidos? ¿Exterminarlos? Eso no es posible; tú puedes matar a un familiar que te dispara desde la trinchera enemiga, pero una vez que todos han regresado a casa no vas a fusilar a tu primo, no vas a dejar que encierren de por vida a tu vecino, no vas a dar un tiro en la nuca a tu tío mientras toma el café en tu casa..., ni siquiera los españoles somos tan bestias. Así que poco a poco volverán a formarse bandos, los vencidos querrán desquitarse, los vencedores se sentirán atacados..., en fin, una guerra civil no termina cuando callan las armas: continúa, solapada, hasta que vuelve a estallar. ¿Me entiendes?

—Un poco, don Manuel.

—¿Lo ves? Pertenece a campos opuestos, pero vamos entendiéndonos. Si te digo la verdad, y mira que me confío a ti como si fueses un amigo, pienso que la República va a perder la guerra, e incluso aunque la ganara la habría perdido. ¿Me explico?

—No mucho.

Azaña hizo un gesto de fastidio, empujó de mala manera un cenicero de cobre que había en la mesa, controló su mal humor

y volvió al tono profesoral que llevaba empleando desde el principio de la conversación.

–España es una república sin republicanos, más bien, con un puñado de republicanos, pero la mayoría de ellos nos ha abandonado. También los intelectuales republicanos se han largado lavándose las manos, asustados porque una guerra siempre nos mancha, y ellos quieren estar limpios; son tribunos de togas impolutas. Te confieso que a mí lo que de verdad me gustaría es dedicarme a la literatura, que es una forma de vivir sin mancharse más de lo imprescindible: tomas partido, atacas, defiendes, incitas a la lucha, sin tener que salir de casa ni arriesgarte a que te den una pedrada. Pero ya ves: tengo mis responsabilidades. No como otros, que es lo que te estaba diciendo: los intelectuales republicanos nos abandonan para no codearse con la chusma; y al final es la chusma la que defiende una República en la que no cree, de forma que, si la salva, será para cargársela al día siguiente. ¿No es como para volverse loco? Yo, te lo aseguro, me voy a volver loco. Es cuestión de tiempo.

»El caso es que me han informado sobre ti; eres un hombre culto, con sólida formación religiosa, conoces también la filosofía liberal. Eso te convierte en un buen candidato: igual que a él, tu razón te impide ponerte claramente de un solo lado. Aunque también hay cierta arrogancia en esa postura.

–¿Igual que a quién? ¿A quién le impide la razón...?

Don Manuel se quitó las gafas con violencia y chasqueó la lengua con tal irritación por ser interrumpido que el sonido provocó un eco contra las paredes del despacho.

–Y, como decía al principio –continuó, esta vez con cierta inquina–, eres insignificante. ¿Me entiendes ahora?

–Sí, don Manuel. Eso sí lo entiendo.

Azaña dejó de estrujar las gafas como si quisiera sacarles el jugo, se las puso otra vez y se recostó contra el respaldo de la silla de madera tan oscura como todo en aquel cuarto.

–Pues esa insignificancia es fundamental para tu misión. Eso es sobre todo lo que debes entender. Tú puedes pasar desapercibido, atravesar líneas enemigas, no llamarías la atención entre labriegos (aunque culto, tú también eres de pueblo), no despier-

tas desconfianza. Y hay otra razón: no tienes nada que perder. Si la guerra continúa, acabarás en el paredón; hijo, no sé cómo lo has conseguido, pero todo el mundo quiere fusilarte. Además, pareces un hombre honesto. ¿Me equivoco?

—No sé, don Manuel. Es que no entiendo lo que me dice.

—Porque estás confuso. Porque, aunque inteligente, has dejado de saber quién eres. Matar con razón embrutece, es inevitable, y matar sin razón lo vuelve a uno un fantasma de sí mismo. Pero la cosa está muy clara: el Gobierno de la República, a instancias mías, ha diseñado un plan para acabar con la guerra. Eso es lo que estoy queriendo explicarte.

Confuso sí que estaba. No sabía si porque lo había atontado el estruendo de los obuses, o por todas las noches que había pasado en vela en el frente, o por los ataques de pánico que le entraban de vez en cuando, sobre todo al levantarse por la mañana y ver en sus compañeros esa cara de ser otros, a ver cómo lo digo, tenía la impresión de que aun siendo los mismos, los habitaba un ser, más que maligno, desesperado —no era el diablo, no—, y al verlos le entraban ganas de gritar, porque suponía que a él le había ocurrido lo mismo, que aunque tuviera la identidad de siempre, era otro, y así se sentía: las sensaciones le atosigaban a él, pero su mente ya no le pertenecía, y así no era fácil mirar el mundo con claridad.

—Lo que no entiendo, don Manuel, es qué pinto yo en todo esto. A mí me gustaría ayudar, pero, se lo digo de verdad, soy un inútil.

—Lo sé, hijo, ya te digo que nos hemos informado. Cuando te tocó servir el rancho se te cayó la perola derramando la comida de cincuenta soldados hambrientos, que a punto estuvieron de lincharte. Durante la revisión del armamento te dejaste una bala en la recámara con la que casi vuelas la frente al cabo. En un asalto a posiciones republicanas olvidaste el fusil en la trinchera y sólo a medio camino te diste cuenta de que te dirigías al enemigo con las manos desnudas, e incluso hubo quien sospechó que querías rendirte.

»No te sonrojes. Hay quien está hecho para la guerra, y quien no vale para esto. Francamente, creo que yo tampoco valdría.

—Pero entonces —le costaba mirar a los ojos de quien le relataba todas esas meteduras de pata que habría querido olvidar—, pero entonces, ¿por qué quieren que les ayude?

—Ya te he dicho, porque eres inteligente pero insignificante, y porque aunque torpe, aún estás vivo. No sé cómo te las apañas pero, a pesar de haber hecho varias veces el payaso en el frente, todavía nadie te ha metido una bala entre las cejas. En fin, y también, para qué negártelo, porque perteneces al bando fascista, sabrías moverte entre ellos, eres capaz de recitar latines... y, como te decía, tienes poco que perder. ¿Quieres escuchar el plan?

—Sí, don Manuel. Pero ¿cómo saben tantas cosas sobre mí?

—Nuestros contactos con Cabanellas se han roto.

—¿Con quién?

—Ese es el problema, que es un monigote al que nadie obedece. El general Cabanellas está al mando de los rebeldes. Pero por error.

—¿Cómo se puede mandar por error?

Don Manuel meditó un momento, miró por la ventana, suspiró.

—Los demás generales no se fían de él, porque es republicano y masón. Pero ahí lo tienes. Capitaneando a monárquicos y ultracatólicos. El mundo es un lugar extraño.

—Sí, don Manuel, mucho.

—Y es verdad que él no se siente a gusto entre tanto meapilas. Teníamos contactos. Teníamos un plan. ¿Me sigues?

Asintió, aunque cada vez entendía menos por qué le contaba todo aquello, le hablaba de mundos tan lejanos como los de los cuentos, con sus personajes míticos, irreales, meros nombres acompañados del halo de alguna gesta que nada tenía que ver con la vida del lector. Legendarios e inalcanzables como el propio don Manuel, al que le daban ganas de tocar no tanto para asegurarse de su presencia, obvia, como para llevarse un recuerdo táctil, igual que damos vueltas en nuestras manos a un objeto precioso que sabemos que no vamos a poder comprar.

—Creo que sí, pero yo lo que quiero saber...

—Ortega es un filósofo. Por eso no es un hombre de acción. Los filósofos tienden a despreciar los actos, igual que los héroes

tienden a pensar poco. Lo peor que se puede hacer es convertir a un héroe en ministro. Pero a un filósofo sí puedes nombrarlo ministro, porque los ministros no hacen las cosas, tan sólo las explican. Yo he tenido mis más y mis menos con ese pensador, más ocurrente que profundo; además es un pesado, pero un político tiene que dejar de lado las antipatías personales. En realidad, lo que más me gustaría es dar al filósofo una patada en el culo. No desespero de poder hacerlo algún día. Mientras tanto, él es nuestro hombre. Más bien, tu hombre.

—Ahora sí que...

—Cabanellas parecía favorable. Pero hemos perdido el contacto. El general es un rehén. Prisionero de sus propios aliados. Cuentan chistes sobre él. Empiezan a hacer correr el rumor de que está senil. Enfermo, dicen, pero dan a entender que lo que no le funciona es el cerebro. Nunca tuvo mucho, todo hay que decirlo.

Don Manuel hizo una pausa, pero esa vez no la aprovechó para dejar que su mirada vagase por el mundo que quedaba más allá de ese despacho, y que el soldado no podía ver desde su silla, porque para ello habría tenido que volverse ciento ochenta grados y no le parecía correcto dar la espalda al presidente, pero le hubiera gustado asomarse allá fuera y, quizá, aunque sólo fuese a través de dos edificios, ver el mar, o cuando menos las chimeneas de un barco. Don Manuel le estaba mirando fijamente, con expresión apesadumbrada.

—Don Manuel.

—Dime, hijo.

—Estoy perdido.

—Todos lo estamos. España se perdió en el 98, aunque digamos que lo que se perdió fue Cuba.

—Pero mi misión...

—Es restablecer el contacto con Cabanellas. A muchos rebeldes les han entrado dudas: se creían que estaban dando un golpe de Estado y que en dos días se habrían hecho con el poder, y ahora se encuentran con una guerra que puede durar años. Y las salvajadas cometidas por el llamado ejército nacional les están quitando apoyos. A Cabanellas lo han nombrado presidente de

la Junta de Defensa Nacional, yo creo que para quitarle el mando de cualquier tropa, por eso de que es republicano y masón. Yo también soy las dos cosas, y lo de la masonería, entre nosotros, me parece una payasada; la solemnidad siempre corre el riesgo de resultar ridícula. Pero hay círculos a los que hay que pertenecer si no quieres quedarte al margen. Lo dicho: tendrás que ir a Burgos, conseguir contactar con él, con discreción, porque seguro que lo tienen muy vigilado; lo mejor es que pretextes algún asunto personal, di que sois parientes lejanos; él ya sabe algo, así que te concederá la audiencia. Y si acepta nuestra oferta, ir a hablar con Ortega. Proponerle la presidencia. Es de los pocos a los que respetan la derecha y la izquierda moderadas. Porque es un tibio, claro. Pero ese es otro asunto. Sólo así se detendrá...

—Pero ¿cómo voy a hablar yo con Ortega?

El soldado se levantó de la silla, aunque no sabía adónde ir ni qué hacer en la nueva posición. Se volvió a sentar.

—No te preocupes. Va a volver a España.

—Ah, ¿pero se ha marchado?

—Dice que está enfermo, pero yo creo que lo que quería era esconderse, aunque le encantaría un regreso triunfal. Ya ha habido contactos con él. Pero exige garantías, piensa que los comunistas quieren matarle. Tú le llevarás una carta mía y otra de Cabanellas, si es que consigues que la escriba.

—Mire, don Manuel, yo admiro mucho al filósofo y querría ayudar, pero insisto en que soy un inútil.

—Ya hemos hablado de eso.

—A quien necesitan es a un espía.

—Dos. Teníamos dos, pero los han matado. A quien necesitamos es a un hombre corriente.

—Insignificante, como yo —don Manuel asintió.

—Eso es. La insignificancia es una virtud en tiempos arrogantes. ¿Aceptas o no aceptas la misión?

El soldado dio un suspiro y al mismo tiempo que exhalaba la habitación se oscureció aún más. Una nube acababa de ocultar el sol como un mal presagio. Se oyó la sirena de un buque, un sonido grave, prolongado, que hizo tintinear los vidrios.

—Sí, don Manuel, pero no estoy seguro de que sepan lo que están haciendo.

—¿No eres católico? Pues ten fe. Y esperanza, nunca está de más la esperanza, aunque a mí a veces me abandone. Evita ponerte en contacto conmigo. Yo, como Cabanellas, también estoy vigilado. El capitán te dará todos los detalles. Ahora debo marcharme. Los rebeldes se dirigen a Madrid y mi lugar está allí. Al menos por ahora. Suerte, mucha suerte. La salvación de España queda en tus manos. No lo olvides.

Obviamente, la conversación había terminado. El rebelde se levantó, hizo varias inclinaciones de cabeza a don Manuel, porque no se atrevió a tenderle la mano, pero tampoco le pareció adecuado saludar militarmente a un civil, jefe de un gobierno enemigo.

—Adiós —dijo, sin oír respuesta, porque la cabeza de don Manuel parecía haber emprendido ya el viaje a la capital, a través de esa ventana abierta de la que, misteriosamente, no llegaba el aroma del mar, o bien el mar no olía a nada, aunque él siempre había pensado que debía de tener un olor especial, un olor a pescadería, y se dejó conducir por el brazo a un nuevo dormitorio, uno con una sola cama. Al parecer, le habían ascendido sin que se hubiera dado cuenta.